

Alfareros de primera

Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es



El lector que dedica un ratito a mis líneas por curiosidad, por devoción o por ambas cosas, sabe de mis opiniones acerca de lo que se dio en llamar “proceso”, *procés*, o algo así, en la lengua vernácula de los catalanes: ha sido un desafío en toda regla al Estado con grave quebrantamiento de la ley, y una desaforada muestra de desprecio al resto de los españoles bajo la premisa que reza que Cataluña tiene derecho a la independencia porque son mejores por economía, por historia, por cultura... Bueno, esto quizá no lo dicen tan a las claras, pero en el fondo es lo que subyace tras los nacionalismos identitarios. Llevo años defendiendo que la solidaridad interregional no es sino la cooperación entre los españoles para consolidar un proyecto común que nos haga fuertes en un entorno altamente competitivo; que garantice nuestro estado del bienestar, siempre dentro del reconocimiento y respeto a la diversidad cultural y a la idiosincrasia local; esto es enriquecedor. Por el contrario, el separatismo, la fragmentación, empobrecen y dislocan la convivencia. Y, por supuesto, los experimentos apaciguadores como aquel engendro del “federalismo asimétrico” de Maragall, que calificué en su día como la ley del embudo aplicada al Estado de las Autonomías, de nada sirven; antes al contrario, profundiza en los anhelos de quienes quieren marcharse, al tiempo que irrita al resto.

Al final, el único proceso viable será el judicial, en virtud del cual se aplicará el código penal a quien corresponda. Y digan lo que digan, no se juzga a nadie por sus ideas; se encausa a quienes transgreden la ley. Punto. ¿O es que algunos tienen derecho a hacer mangas y capirotos de la Constitución, del Estatuto y de todas las normas habidas y por haber sin que nadie les tosa? Ni hablar del peluquín, queridos.

En fin, que ahí anda la revolución desinflada, sus promotores empapelados, el principal de ellos y algunos adláteres dados a la fuga y la ciudadanía convocada de verdad a las urnas, cuando resulta que los de Esquerra Republicana no se fían de las elecciones y quieren hacer un recuento paralelo. Temen el pucherazo. ¡Hay que tener el rostro de hormigón armado, oigan! Resulta que se convocan elecciones con censos oficiales, con interventores y apoderados, con Juntas Electorales presididas por jueces, con los medios públicos al servicio de todos... Y todo ello en un marco en el que, desde 1977, aquí nadie ha hablado de fraude. Así que ahora los valientes que se alzaron, aunque ahora dicen que *ma non troppo*, quienes escondieron urnas, las manipularon como quisieron, usaron censos ilegítimamente, recontaron a la remanguillé y, ante todo, se pasaron por el arco del triunfo todo lo habido y por haber, ahora andan con remilgos. Es decir, que hablan de pucherazo los mayores alfareros de la historia, los que se han inventado referendos y han prostituido la democracia en Cataluña, los que han moldeado los puchereros en cantidades industriales.

Comprendo que el tema catalán les cause hartazgo. A un servidor también, no se vayan a creer. Hartazgo y náusea. Porque lo que se ha hecho en Cataluña no es ninguna eutrapelia, es, lisa y llanamente, llamar a la sublevación. Convocar a la sociedad a fragmentarse. Atacar a la economía, y no sólo a la local, que los fracasos económicos catalanes nos afectan a todos, y todos los pagaremos, no les quepan dudas. Pero creo que, al igual que los separatistas se manifiestan con todo el desparpajo del mundo y mienten por la mitad de la barba cada vez que se tercia, el resto tenemos que dejar claras nuestras opiniones. Y tenemos derecho a exigir que quienes han hecho tanto daño a la democracia, a Cataluña y a España, paguen, si así lo encuentra acreditado la Justicia, por tantas felonías. Tenemos derecho a sostener que aquí nadie puede irse de rositas ni por buenas voluntades, ni por conveniencias de ningún tipo, cuando se ataca alevosamente al Estado. Para eso está la Justicia, a la que no se debe presionar. Eso sí, tenemos toda la legitimidad del mundo para desear que del mismo modo que la historia suele hacer justicia (porque pone a cada cual en su sitio), la Justicia haga historia (cada cual en su sitio, con el rigor que fuere menester).

En fin, dejemos aquí, de momento, la cuestión. Les advierto, para acabar, que este texto lo he redactado a escasas horas del inicio de la campaña electoral para el 21 de diciembre; no sé cuándo lo tendrán ustedes en sus manos. Por eso, quizá, puedan llegar a echar de menos algún comentario sobre algún suceso. Ojalá esto no llegue a ocurrir, las cosas se desarrollen con bien y se vea privado el osado opinador de argumentos para próximos artículos. Ya veremos.